

mi obra de seis meses?—se dijo.—¿No habrá sustraído á Pablo de mi influencia, inspirándole odiosas sospechas mías durante su conferencia secreta en el saloncito?

La viuda permanecía de pie junto á la chimenea, apoyada en el mármol de ésta y muy pensativa. Cuando la puerta cochera se cerró, después de haber dado paso al coche de los dos notarios, se volvió hacia su yerno llena de viva impaciencia por resolver sus dudas.

—Este ha sido el día más terrible de mi vida—exclamó Pablo con aire de alegría al ver resueltas todas las dificultades.—No conozco nada más rudo que ese anciano Matías. ¡Ojalá que Dios le oiga y que yo llegue á ser *par de Francia!* Querida Natalia, lo deseo ahora más por usted que por mí. Usted es toda mi ambición y sólo para usted vivo.

Al oír esta frase, que indudablemente brotaba de su corazón, al ver sobre todo el límpido azul de los ojos de Pablo, cuya mirada y cuya frente no acusaban ningún pensamiento oculto, la alegría de la señora Evangelista fué completa. Se reprochó las palabras algo duras con que había espoleado á su yerno; y, embriagada con el éxito, resolvió tranquilizarse respecto á su porvenir. Recobró su actitud tranquila, hizo expresar á sus ojos aquella dulce amistad que la hacía tan seductora, y respondió á Pablo:

—Otro tanto puedo yo decir. Por eso, hijo querido, sin duda mi naturaleza española me ha llevado más allá de lo que mi corazón deseaba. Siga usted siendo lo que es, bueno como Dios, y no me guarde rencor por mis inconsideradas palabras. Deme usted la mano.

Pablo estaba confuso, se creía lleno de culpa, y abrazó á la señora Evangelista.

—Querido Pablo—dijo la viuda muy emocionada—¿por qué esos dos jayanes no lo han arreglado todo sin nosotros, ya que tan bien había de arreglarse?

—De haber sido así, nunca hubiera yo sabido todo lo grande y generosa que usted es—dijo Pablo.

—Muy bien dicho, Pablo—dijo Natalia estrechándole la mano.

—Hijo querido, tenemos muchas cositas que arreglar—dijo la señora Evangelista.—Mi hija y yo estamos por encima de ciertas necesidades que tanto preocupan á algunas gentes. Por esa razón, Natalia no necesita diamantes, yo le doy los míos.

—¡Ah! mamá querida, ¿cree usted que yo puedo aceptarlos?—exclamó Natalia.

—Sí, hija mía, es una condición del contrato.

—Yo no los quiero y no me casaré—respondió vivamente Natalia.—Guarde usted esas alhajas que mi padre tenía tanto gusto en ofrecerle. ¿Cómo don Pablo ha podido exigir...?

—Cállate, hija mía—dijo la madre, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.—Mi ignorancia en los negocios exige mucho más.

—Y ¿qué es ello?

—Voy á vender mi palacio para empazarme de lo que te debo.

—Y ¿qué puede usted deberme á mí, que le debo la vida? ¿Puedo yo empazarme nunca con usted? Si mi matrimonio cuesta á usted el más ligero sacrificio, no quiero casarme.

—¡Niña!

—Querida Natalia—dijo Pablo,—comprenda usted que no soy yo, ni su madre, ni usted los que exigimos esos sacrificios, sino los hijos...

—Y ¿si yo no me caso?—dijo interrumpiéndole.

—¿De modo que no me ama usted nada?—dijo Pablo.

—Vamos, loquilla, ¿crees que un contrato es un castillo de naipes que puedes derribar tú de un soplo y á tu gusto? ¡Pobre ignorante! ¡no sabes el trabajo que nos ha costado constituir un mayorazgo al mayor de tus hijos! No vuelvas á sumergirnos en la difícil y enojosa situación de que hemos salido.

—¿Por qué arruinar á mi madre?—dijo Natalia mirando á Pablo.

—¿Por qué es usted tan rica?—le respondió éste sonriéndose.

—Hijos míos, no disputéis demasiado, porque aun no estáis casados—dijo la señora Evangelista.—Pablo—continuó dirigiéndose á su futuro yerno,—no hace falta ni canastilla, ni joyas, ni ajuar. Natalia lo tiene todo en abundancia. Vale más que guarde usted el dinero que había de emplear en regalos de boda, para asegurar el porvenir de ambos. No conozco nada más vulgar que gastar cien mil francos en una canastilla de la que poco tiempo después no subsiste nada. Al contrario, cinco mil francos al año, destinados para alfileres, evitan mil cuidados á una joven, y afectando á este objeto los gastos de la boda, hay suficiente para toda la vida. Por

otra parte, el dinero de la canastilla ha de ser necesario para la restauración del palacio que usted posee en París. Volveremos á Lanstrac para la primavera, porque en todo este invierno Solonet habrá dejado ya terminados mis asuntos.

—Dios mediante, todo ha de ir á las mil maravillas—dijo Pablo en el colmo de la dicha.

—¡De modo que veré París!—dijo Natalia con un acento que, no sin razón, hubiese asustado á un de Marsay.

—Si acordamos eso—dijo Pablo—voy á escribir á de Marsay para que tome un palco en los Italianos y en la Ópera para este invierno.

—¡Qué amable es usted! yo no me atrevía á pedirselo—dijo Natalia.—El matrimonio es una institución muy agradable si da á los maridos el talento de adivinar los deseos de sus mujeres.

—Como que á eso está reducido—dijo Pablo;—pero son las doce de la noche y es preciso partir.

—¿Por qué tan pronto hoy?—dijo la señora Evangelista, que le prodigaba entonces esos mimos á que tan sensibles son los hombres.

Aunque todo había quedado resuelto del mejor modo, y cumpliendo las leyes de la más exquisita cortesía, el efecto de la discusión de sus intereses había hecho nacer, no obstante, en el yerno y en la suegra, un germen de desconfianza y de enemistad dispuesto á brotar al primer impulso de cólera ó al calor de sentimientos contrariados. En la mayor parte de las familias, la constitución de las dotes y las donaciones que hay que hacer en el contrato matrimonial engendran las hostilidades primitivas que aumentan con el amor propio, con la lesión de ciertos sentimientos, con el malestar de los sacrificios y con el deseo de disminuirlos. Cuando se presenta una dificultad, ¿no ha de haber necesariamente un vencedor y un vencido? Los padres de los futuros procuradores llevan á cabo ventajosamente este asunto, que es á sus ojos puramente comercial, y que origina las astucias, los proveyos y las decepciones de todo negocio. La mayor parte de las veces, el marido es el único iniciado en los secretos de estos debates, y la joven esposa permanece, como Natalia extraña á las estipulaciones que la hacen rica ó pobre. Si marcharse, Pablo pensó que, gracias á la habilidad de su notario, su fortuna quedaba casi garantizada de toda ruina. La señora Evangelista no se separaba nunca de su hija, su ca-

podría gastar más de cien mil francos anuales. De este modo se realizaban todas sus esperanzas de existencia feliz.

—Mi suegra me parece que es una buena mujer—se dijo Pablo movido aún por el encanto de las atenciones con que la señora Evangelista había procurado disipar las ligeras nubes producidas por la discusión.—Matías se engaña. Estos notarios son gente muy rara y él desconfía de todo. Toda la culpa la ha tenido ese quisquilloso Solonet, que ha querido echárselas de hábil.

Mientras que Pablo se acostaba recapitulando las ventajas que había obtenido durante el día, la señora Evangelista se atribuía igualmente la victoria.

—Y bien, mamá querida, ¿estás contenta?—dijo Natalia siguiendo á su madre al dormitorio.

—Sí, amor mío—respondió la madre,—todo ha salido conforme á mis deseos, y me parece que me he quitado de encima un peso que me aplastaba esta mañana. Pablo es de excelente pasta. Sí, querida hija, no dudes que hemos de procurarle una hermosa existencia. Tú le harás feliz, y yo me encargo de su fortuna política. El embajador de España es amigo mío, y voy á reanudar mis relaciones con él y con todos mis antiguos conocidos. ¡Ah! bien pronto lograremos poder y todo será alegría para nosotros. A vosotros, los placeres, queridos hijos; á mí, las últimas ocupaciones de la vida, dar ancho campo á la ambición. No te asuste el hecho de que venda mi palacio; ¿crees que hemos de volver á Burdeos ó á Lanstrac? Iremos á pasar los inviernos á París, en donde están ahora nuestros verdaderos intereses. Vamos á ver, Natalia, ¿tan difícil era hacer lo que te pedía?

—Mamita, había momentos en que me daba vergüenza.

—Solonet me aconseja que ponga el importe de mi palacio á intereses—dijo la señora Evangelista,—pero hay que obrar de otro modo, pues no quiero privarte ni de un céntimo de mi fortuna.

—Hubo un momento en que os vi á todos muy irritados—dijo Natalia.—¿Cómo se apaciguó la tempestad?

—Con la oferta de mis diamantes—respondió la señora Evangelista.—Solonet tenía razón. ¡Con qué talento ha conducido el asunto! Pero trae mi cofre, Natalia. Nunca me he preguntado seriamente cuánto valdrán mis diamantes. Estaba loca cuando decía cien mil francos. Según la señora de Gyas, sólo el collar y los pendientes que me regaló tu padre el día

de la boda ya los valen. ¡Mi pobre marido era excesivamente espléndido! Además, mi diamante de familia, el que Felipe II regaló al duque de Alba, y que me legó mi tía, el *Discreto*, fué estimado en otro tiempo, si no me engaño, en cuatro mil cuadрупlos.

Natalia llevó á su madre sus collares de perlas, sus brazaletes de oro y toda la pedrería de toda clase y los amontonó, manifestando con sus modales ese inexplicable sentimiento que regocija á algunas mujeres al ver esos tesoros con que, según los comentadores del Talmud, los ángeles malditos sedujeron á las hijas del hombre yendo á buscar al fondo de la tierra esas flores del fuego celeste.

—A decir verdad—dijo la señora Evangelista,—aunque se construyen muchas alhajas, yo sólo sirvo para recibir las y para llevarlas, y me parece que esto vale mucho dinero. Además, si hemos de vivir en familia, puedo vender mis cubiertos de plata, que solamente á peso valen treinta mil francos. Cuando los trajimos de Lima, me acuerdo que en la aduana le atribuían ese valor. Solonet tiene razón. Mandaré á buscar á Elías Magus. El judío me las tasará. Acaso no necesite poner á intereses el resto de mi fortuna.

—¡Qué hermoso collar de perlas!—dijo Natalia.

—Espero que te lo dejará, si te ama. ¿No debía entregarte cuantas alhajas le dé yo y ofrecértelas? Según el contrato, los diamantes te pertenecen. Vamos, adiós, ángel mío. Después de tan fatigosa jornada, las dos necesitamos descanso.

La dueña de la casa, la criolla, la gran señora, incapaz de analizar las condiciones de un contrato que no estaba aún formulado, se durmió muy contenta viéndola á su hija casada ya con un hombre fácil de manejar, que las dejaría á las dos gobernar la casa, y cuya fortuna, unida á la de ellas, les permitiría seguir el mismo género de vida. Después de haber rendido sus cuentas á su hija, cuya fortuna toda estaba reconocida, la señora Evangelista se encontraba á su gusto.

—Era una loca en inquietarme tanto—se dijo.—Ya quisiera que el casamiento se hubiese celebrado.

De este modo la señora Evangelista, Pablo, Natalia y los dos notarios estaban satisfechísimos de aquella primera entrevista. El *Te Deum* se cantaba en los dos campos, ¡situación peligrosa! Llega un momento en que cesa el error del vendido. Para la viuda su yerno era el vencido.

Al día siguiente por la mañana, Elías Magus fué á casa de

la señora Evangelista, creyendo, á juzgar por los rumores que corrían del casamiento de Natalia y del conde Pablo, que se trataba de venderles alhajas. El judío quedó asombrado al saber que, por el contrario, se trataba de una tasación casi legal de los diamantes de la suegra. El instinto de los judíos le hizo comprender que aquel valor iba á ser contado en el contrato matrimonial. Como no se trataba de venderlos, tasó los diamantes como si hubiesen de ser comprados por un particular en casa de un joyero. Los joyeros son los únicos que saben distinguir los diamantes del Asia de los del Brasil. Las piedras de Golconda y de Visapour se distinguen por una blancura y una limpidez de brillo que no tienen los otros, cuyas aguas tienen un tinte amarillento que los hace desmerecer para la venta. Los pendientes y el collar de la señora Evangelista, que se componían de diamantes asiáticos, fueron tasados por Elías Magus en doscientos cincuenta mil francos. Respecto al *Discreto*, era, según el judío, uno de los brillantes más hermosos poseídos por particulares; se conocía y se hablaba de él en el comercio, y valía cien mil francos. Al saber aquel precio que le revelaba las prodigalidades de su marido, la señora Evangelista le preguntó si podría obtener en el acto aquella suma.

—Señora—la respondió el judío,—si usted quisiese vender estas alhajas, yo sólo le daría setenta y cinco mil francos por el brillante, y ciento sesenta mil por el collar y los pendientes.

—Y ¿por qué esa rebaja?—preguntó la señora Evangelista sorprendida.

—Señora—respondió el judío,—cuanto más hermosos son los diamantes, más tardamos en venderlos. La poca probabilidad de venta está en razón directa con el valor de las piedras. Como el comerciante no puede perder los intereses del dinero, éstos, unidos á las probabilidades de alta y de baja á que están expuestas las mercancías, explican las diferencias entre el precio de compra y de venta. Usted ha perdido, durante veinte años, los intereses de trescientos mil francos. Si usted se ha puesto diez veces al año los diamantes, le ha costado mil escudos cada vez que se los ha puesto. ¡Cuántos preciosos trajes se pueden comprar con mil escudos! De aquí se deduce que los que conservan diamantes son unos locos; pero, felizmente para nosotros, las mujeres no quieren entrar en estos cálculos.

—Doy á usted las gracias por habérmelos expuesto y me aprovecharé de ello.

—¿Quiere usted venderlos?—repuso ávidamente el judío.

—¿Cuánto vale el resto?—preguntó la señora Evangelista.

El judío consideró el oro de las monturas, puso las perlas á la luz del sol, examinó con curiosidad los rubíes, las diademas, los broches, los brazaletes y las cadenas, y dijo entre dientes:

—Hay muchos diamantes portugueses, traídos del Brasil. Esto no vale para mí más que cien mil francos. Pero, compradas en la tienda—añadió,—estas joyas costarían más de cincuenta mil escudos.

—Pensamos conservarlas—dijo la señora Evangelista.

—Hace usted mal—respondió Elías Magus.—Acumulando los intereses de la suma que representan, en cinco años podría usted adquirir diamantes mejores que éstos y conservaría usted el capital.

Esta singular conferencia fué pronto conocida y corroboró algunos rumores originados por la discusión del contrato matrimonial. En provincias todo se sabe. Los criados oyeron algunas voces y supusieron una discusión mucho más viva de lo que había sido en realidad; sus cuchicheos con los demás criados se extendieron insensiblemente; y, de esta baja región, llegaron los dichos á oídos de los amos. La atención de la gente elegante y de la ciudad entera, se había fijado en el matrimonio de estas dos personas igualmente ricas; grandes y pequeños, todo el mundo se ocupó tanto de esto, que, ocho días después, circulaban por Burdeos los rumores más extraños.

—La señora Evangelista vendía su palacio y era de suponer, por lo tanto, que estaba arruinada. Había propuesto la venta de sus diamantes á Elías Magus. Nada estaba convenido aún entre ella y el conde de Manerville. ¿Se llevaría á cabo este matrimonio? Unos decían que sí, otros que no.

Los dos notarios, al ser interrogados, desmintieron estas calumnias y hablaron de dificultades puramente reglamentarias suscitadas por la constitución de un mayorazgo. Pero, cuando la opinión pública se aferra á una idea, es difícil hacerle creer que se equivoca. Aunque Pablo iba todos los días á casa de la señora Evangelista, á pesar de la aserción de los dos notarios, las almibaradas calumnias continuaron. Muchas jóvenes, sus madres ó sus tías, envidiosas de una

boda soñada para ellas ó para su familia, no perdonaban su dicha á la señora Evangelista, del mismo modo que un autor no perdona un éxito á su colega. Algunas personas se vengaban de los veinte años de lujo y de grandeza con que la casa española había molestado su amor propio. Un personaje de Burdeos decía que los dos notarios y las dos familias no podían emplear, en caso de una ruptura, otro lenguaje ni otra conducta distinta de la que empleaban. El tiempo exigido para la constitución del mayorazgo confirmaba las sospechas de los políticos burdeleses.

—Seguirán frecuentándose durante todo este invierno; después, en la primavera, se irán á tomar aguas, y dentro de un año sabremos que el matrimonio se ha deshecho.

—Hay que comprender, señores—decían algunos—que para salvar el honor de ambas familias es preciso hacer de modo que las dificultades provengan de fuera; decir, por ejemplo, que la cancillería se ha negado á constituir el mayorazgo, que será la causa aparente de la ruptura.

—La señora Evangelista llevaba un tren que no hubiera podido sufragarse con las minas de Valenciano.

Excelente ocasión para computar los gastos de la hermosa viuda, á fin de establecer categóricamente su ruina. Los rumores fueron tales, que llegaron á hacerse apuestas en pro y en contra del casamiento. Siguiendo la jurisprudencia mundana, estas murmuraciones corrían á gusto de los partidos interesados. Nadie era bastante enemigo ni bastante amigo de Pablo ó de la señora Evangelista para darles conocimiento de estos chismes. Pablo tuvo algunos negocios en Lanstrac, y aprovechó esta circunstancia para llevar á cabo una partida de caza en unión de varios jóvenes de la ciudad, cuya partida fué una especie de adiós á la vida de soltero. Esta cacería fué juzgada por la sociedad como una indudable confirmación de las sospechas públicas. En estas conjeturas, la señora de Gyas, que tenía una hija casadera, juzgó conveniente sondar el terreno é ir á lamentarse con gozo interno del jaque recibido por la Evangelista. Natalia y su madre quedaron bastante sorprendidas al ver el rostro mal compungido de la marquesa, y le preguntaron si había tenido algún disgusto.

—Pero ¿ignoran ustedes los rumores que circulan por Burdeos?—les contestó.—Aunque yo los creo falsos, venía á saber la verdad para hacerlos cesar, si no del todo, al menos

en mi círculo de amigos. Ser cómplice de semejante error es una posición demasiado falsa para que los verdaderos amigos quieran permanecer en ella.

—Pues ¿qué pasa?—dijeron la madre y la hija.

La señora de Gyas tuvo la satisfacción de contar los dichos de todo el mundo, sin ahorrar á sus dos amigas íntimas el disgusto de oír los más acerbos. Natalia y la señora Evangelista se miraron riendo; pero comprendieron perfectamente el sentido de la narración y los motivos que impulsaban á su amiga. La española tomó la revancha, poco más ó menos, lo mismo que lo hizo Celimènes con Arsinoé (1).

—Querida mía, usted que conoce la provincia, ¿ignora todo lo que son capaces de hacer las madres cuando tienen en casa una hija que no se casa por falta de dote y de novio, por falta de belleza, por falta de talento, y, á veces, por falta de todo? Una madre en estas condiciones sería capaz de detener una diligencia, de asesinar, de esperar á un hombre en una esquina y de entregarse cien veces, si valiera algo. En Burdeos hay muchas en esta situación, que sin duda nos dedican sus pensamientos y sus acciones. Los naturalistas nos han descrito las costumbres de muchos animales feroces, pero se han olvidado de la madre y de la hija que buscan un marido. Estas son hienas que, según el Salmista, buscan una presa que devorar, y unen al instinto de la bestia la inteligencia del hombre y el genio de la mujer. Que estas arañitas burdelesas, la señorita de Belor, la de Trans, etc., ocupadas hace ya tanto tiempo, en construir su tela sin ver en ella moscas y sin oír el menor ruido de alas en torno de ellas, estén furiosas, lo concibo, y les perdono sus mal intencionados dichos. Pero que usted, que casará á su hija cuando quiera, usted, rica y con título, usted que no tiene nada de provinciana, usted cuya hija, á más de su talento y hermosura, está llena de buenas cualidades y en disposición de escoger marido; que usted que tanto se distingue de las demás por sus gracias parisienses, haya podido dar crédito á esos cuentos, es lo que me asombra. ¿Tengo yo que dar cuenta al público de las estipulaciones matrimoniales que los

(1) Celimènes es un personaje del *Misántropo* de Molière, notable por su causticidad. Es el tipo de la mujer joven, hermosa, coqueta, murmuradora y ocurrente; y Arsinoé es otro personaje de la misma comedia, tipo de la coqueta entrada en años y gazmoña.—(N. del T.)

notarios han considerado útil hacer dadas las circunstancias políticas por que ha de atravesar la existencia de mi yerno? ¿Ha de alcanzar al interior de las familias la manía de la murmuración pública? ¿Era preciso acaso convocar por carta cerrada á los padres y madres de Burdeos para que asistiesen á nuestro contrato matrimonial?

Un torrente de epigramas corrió por Burdeos. La señora Evangelista dejaba la ciudad: por esta razón podía criticar á sus amigos y enemigos á su gusto y sin temor á nada. Así daba ella paso á las observaciones ocultas, á las venganzas emplazadas, buscando, al propio tiempo, qué interés podía tener tal ó cual persona en negar el sol en pleno mediodía.

—Pero, querida mía—dijo la marquesa de Gyas,—la permanencia del señor de Manerville en Lanstrac, esa fiesta dada á los jóvenes en semejantes circunstancias...

—Vaya, amiga mía—dijo la gran señora interrumpiéndole.—¿Cree usted que vamos á hacer las ridiculeces que acompañan á este ceremonial de la clase media? El conde Pablo queda en completa libertad de hacer lo que quiera. ¿Cree usted que necesitamos hacerle vigilar por la gendarmería? ¿Cree usted que tememos que una conspiración burdelesca vaya á privarnos de él?

—Creedme, amigas mías, que vuestras manifestaciones me causan un verdadero placer.

La voz de la marquesa quedó interrumpida por la del criado que anunció á Pablo. Como todos los enamorados, Pablo encontró una satisfacción en andar cuatro leguas para ir á pasar una hora con Natalia. Había dejado á sus amigos de caza, y llegaba calzado con botas de montar, con espuelas y con el látigo en la mano.

—Querido Pablo, no puede usted imaginarse la hermosa respuesta que da en este momento á esta señora—dijo Natalia.

Cuando Pablo supo las calumnias que corrían por Burdeos, en lugar de encolerizarse, se echó á reír.

—Esas buenas gentes saben sin duda que no habrá en nuestra boda las fiestas que acostumbran á darse en provincias, y están furiosos. Vaya, mamá querida—dijo besando la mano á la señora Evangelista—les daremos un baile el día de la firma del contrato, como se da al pueblo una fiesta en los Campos Eliseos, y de este modo procuraremos á nues-

tros buenos amigos el doloroso placer de firmar un contrato como acostumbra á verse rara vez en provincias.

Este incidente tuvo una gran importancia. La señora Evangelista invitó á todo Burdeos para el día de la firma del contrato, y manifestó intención de desplegar en esta última fiesta un lujo que diese un enérgico mentís á las estúpidas calumnias de la sociedad. Casar á Pablo y á Natalia á la faz del público, se hizo ya cuestión de honor. Los preparativos para esta fiesta duraron cuarenta días, y la noche en que se celebró recibió el nombre de noche de las camelias, porque hubo una inmensa cantidad de estas flores en la escalera, en la antesala, en la sala y en el comedor. Este detalle coincidió naturalmente con los detalles que exigían las formalidades preliminares del matrimonio y con las gestiones hechas en París para la constitución del mayorazgo. La compra de las tierras que habían de unirse á Lanstrac se llevó á cabo, las proclamas se publicaron, las dudas se disiparon. Amigos y enemigos no pensaron nada más que en preparar sus trajes para la fiesta indicada. El tiempo invertido en estos preparativos hizo olvidar las dificultades promovidas en la primera entrevista, relegando al olvido las palabras y las disputas de la borrascosa discusión á que dió origen el contrato matrimonial. Ni Pablo ni su suegra pensaron ya en aquello. Como había dicho la señora Evangelista, ¿no era cuestión que correspondía ventilar á los dos notarios? Pero siendo la vida tan rápida, ¿á quién no le ha ocurrido verse de pronto interpelado por la voz de un recuerdo que llega muchas veces á nuestra mente demasiado tarde y nos hace pensar en un hecho importante ó en un peligro próximo? Por la mañana del día en que tenía que firmarse el contrato de Pablo y Natalia, uno de esos fuegos fatuos del alma brilló en la de la señora Evangelista en medio de las pesadillas de su sueño. Una voz gritó á sus oídos aquella frase que dijo ella en el momento en que Matías accedía á las condiciones puestas por Solonet: *Questa coda non e di questo gatto*. A pesar de su ineptitud para los negocios, la señora Evangelista se dijo:

—Si el hábil maese Matías se ha apaciguado, es sin duda porque no ha visto lesionados en nada los intereses de su cliente. ¿Será, pues, la fortuna de mi hija la que pagará los gastos de la guerra?

Esto pensado, se propuso pedir explicaciones sobre el

contenido del contrato, sin pensar en lo que tenía que hacer en el caso en que sus intereses estuviesen demasiado gravemente comprometidos. Esta determinación influyó de tal modo en la vida conyugal de Pablo, que se hace necesario dar una explicación de las circunstancias exteriores que influyeron en ella. Como el palacio Evangelista tenía que ser vendido, la suegra del conde de Manerville no escatimó gasto alguno para la fiesta. El patio estaba enarenado, cubierto con un toldo á la turca y adornado con arbustos, á pesar de ser invierno. Aquellas camelias que tanto dieron que hablar desde Angulema hasta Dax, tapizaban las escaleras y los vestíbulos. Algunos tabiques habían sido derribados para agrandar el comedor y la sala de baile. Burdeos, en donde brilla el lujo de tantas fortunas coloniales, estaba esperando las maravillas anunciadas. A eso de las ocho de la noche, hora señalada para la fiesta, la gente, que tenía curiosidad por ver el lujo de las mujeres al bajar de los coches, formaba dos hileras á ambos lados de la puerta cochera. De este modo influía entonces en los ánimos la suntuosa atmósfera de la fiesta en el momento de firmar el contrato. Los faroles encendidos brillaban sobre los tejos, y el ruido de las ruedas de los primeros coches resonaban en el patio.

Los dos notarios habían comido con los futuros esposos y con su suegra. El primer pasante de Matías, encargado de recoger las firmas durante la ceremonia, cuidando á la par de que el contrato no fuese indiscretamente leído, fué también uno de los convidados.

Todos pueden dirigir una mirada á sus recuerdos; ningún tocado, ninguna mujer, nada sería comparable á la belleza de Natalia, que, adornada con encajes y satén, cuidadosamente peinados sus cabellos que caían formando mil bucles sobre su cuello, se parecía á una flor envuelta en su follaje. Vestida con un traje de terciopelo color cereza, muy hábilmente escogido para que realzase el brillo de su tez, y con sus ojos y cabellos negros, la señora Evangelista, que ostentaba en toda su plenitud la belleza propia de las mujeres de cuarenta años, llevaba su collar de perlas, y por brocamantón el *Discreto*, á fin de desmentir las calumnias.

Para mejor inteligencia de la escena, es necesario decir que Pablo y Natalia permanecían en un rincón de la chimenea y no oyeron ninguno de los artículos de las cuentas

de tutela. Tan niño el uno como la otra, igualmente felices, el uno con sus deseos, la otra con su curiosa esperanza, viendo la vida como un cielo azul y sin nubes, ricos, jóvenes y enamorados, no cesaron de hablarse en voz baja y al oído. Armando ya su amor con la legalidad, Pablo se complacía en besar las puntas de los dedos de Natalia, en depositar tímidos ósculos en su garganta de nieve y en rozar su frente con los cabellos de su amada, ocultando á todas las miradas los goces de aquella emancipación ilegal. Natalia jugaba con el abanico de chimenea hecho con plumas indianas que le había regalado Pablo, regalo que, según las creencias supersticiosas de algunos países, es para el amor un presagio tan siniestro como el de las tijeras ó cualquiera otro instrumento cortante. Sentada al lado de los dos notarios, la señora Evangelista prestaba escrupulosa atención á la lectura de todos los documentos. Después de haber oído las cuentas de tutela, sabiamente redactadas por Solonet, y que, de tres millones y algunos cientos de miles de francos dejados por el señor Evangelista, reducía la parte de Natalia al famoso millón ciento cincuenta y seis mil francos, le dijo á la joven pareja:

—Pero, hijos míos, que ya llegamos al contrato.

El pasante bebió un vaso de agua azucarada, Solonet y Matías se sonaron. Pablo y Natalia miraron á aquellos cuatro personajes, escucharon el preámbulo y después continuaron su charla. El establecimiento de los bienes aportados al matrimonio, la donación general y mutua en caso de muerte y sin hijos, la donación de la cuarta parte de usufructo y la otra cuarta parte en propiedad que permite el código, cualquiera que fuese el número de los hijos, la constitución del fondo de la comunidad, la donación de los diamantes á la mujer y de las bibliotecas y caballos al marido, todo pasó sin observaciones. Tocóle el turno á la constitución del mayorazgo. Cuando se llegó á este punto y todo estaba leído, y no había ya nada que firmar, la señora Evangelista preguntó cuál sería el efecto de aquel mayorazgo.

—El mayorazgo, señora—dijo maese Solonet,—es una fortuna inalienable, extraída de la de los dos esposos y constituida en beneficio del primogénito de la casa en cada una de las generaciones, sin que esta fortuna le prive por eso de sus derechos á la participación general de los demás bienes.

—Y ¿qué resultará de aquí para mi hija?—preguntó la española.

Maese Matías, incapaz de disfrazar la verdad, tomó la palabra y habló de esta suerte:

—Señora, siendo el mayorazgo un fondo distraído de las dos fortunas de los cónyuges, si la futura esposa muere primero dejando uno ó varios hijos, entre los cuales exista un varón, el señor conde de Manerville le rendirá cuenta únicamente de trescientos cincuenta y seis mil francos, de los que obtendrá él la cuarta parte en usufructo y la otra cuarta parte en propiedad. De este modo su deuda con ella queda reducida á unos ciento sesenta mil francos, salvo los beneficios de gananciales y demás bienes aportados más tarde, etc. En caso contrario, si llegase á morir el primero, dejando también hijos varones, la señora de Manerville tendrá derecho también á trescientos cincuenta y seis mil francos únicamente, á la parte que le corresponda por herencia de los bienes del señor de Manerville, excepción hecha de los del mayorazgo, á sus diamantes y á los demás bienes que como gananciales haya obtenido después el matrimonio.

Los efectos de la profunda política de maese Matías aparecieron entonces claros como la luz del día.

—Mi hija está arruinada de ese modo—dijo en voz baja la señora Evangelista.

El joven notario y el viejo oyeron esta frase.

—¿Acaso es arruinarse constituir á su familia una fortuna indestructible?—le respondió á media voz maese Matías.

Al ver la expresión que tomó el rostro de su cliente, el notario joven se creyó obligado á determinar con claridad la importancia del desastre.

—Queríamos cogerles trescientos mil francos, y ellos nos cogen á nosotros ochocientos mil; de modo que el contrato queda equilibrado con una pérdida, por nuestra parte, de cuatrocientos mil francos, pérdida que va en provecho de los hijos. Es preciso romper ó proseguir adelante—dijo Solonet á la señora Evangelista.

Imposible sería describir el momento de silencio que guardaron entonces estos personajes. Maese Matías esperaba triunfante la firma de las dos personas que habían creído poder desplumar á su cliente. Natalia, que no podía comprender que perdía la mitad de su fortuna, y Pablo, que ignoraba que la casa Manerville la ganaba, seguían riendo y